

Manuel Guerra Gómez (1931-2021)

In memoriam

En su discurso de ingreso en la Real Academia de Doctores de España, Manuel Guerra recogía una anécdota muy significativa. En el contexto solemne de aquel acto académico en abril de 2006, el profesor recordaba cómo cincuenta años atrás, siendo joven estudiante en la Universidad Pontificia de Salamanca, tuvo que traducir estas palabras de Sócrates, citadas en el *Fedón* de Platón (115c): «No hablar con propiedad daña al lenguaje y, además, al alma»³⁸. A continuación, señalaba que esta sentencia, pronunciada por el gran filósofo inmediatamente antes de tomar la cicuta, le marcó «tanto por su contenido cuanto por el momento en el que fue pronunciada»³⁹. En efecto, a la vista del rigor investigador, la precisión lingüística y la integridad que caracterizan la vida y las obras de don Manuel, podemos constatar que aquel ejercicio de traducción caló muy hondo en él.

Manuel Guerra Gómez nació en un pueblo del norte de Burgos, Villamartín de Sotoscueva, cercano al complejo kárstico de Ojo Guareña, el 27 de julio de 1931; y falleció en Burgos el 25 de agosto de 2021, dos años casi exactos después de sufrir un ictus que le dejó muy limitado en el habla y en la movilidad⁴⁰. Durante muchos años, y prácticamente hasta el final de su vida, desarrolló una intensa labor investigadora y divulgativa, principalmente en los campos de la historia de las religiones, de la Iglesia primitiva y del sacerdocio, así como, en lo que fue finalmente su ámbito más reconocido, en el estudio de las sectas. Sin embargo, más allá de su quehacer académico, él siempre se definió como sacerdote al servicio de la Iglesia.

Ingresó en el Seminario diocesano con apenas 10 años, y realizó los estudios de humanidades, filosofía y teología, siendo ordenado sacerdote el 27 de marzo de 1955. Curiosamente, recibió la ordenación en Salamanca, donde estaba cursando

³⁸ El discurso apareció publicado como *La gnosis y sus rebrotes en nuestros días*, en *Burgense*, 47 (2006), pp. 71-130. La cita es de la p. 77.

³⁹ *Ibid.* A continuación, con profundo sentido crítico, añadía: «no obstante, cuesta poco darle la razón ahora tras el zumbido del enjambre de las ciencias del lenguaje y su manipulación en el ámbito de lo políticamente correcto».

⁴⁰ Encontramos una breve biografía y las principales obras del autor hasta el año 2009 en José Martín BROCOS, *Guerra Gómez, Manuel*, en *Diccionario biográfico español*, Real Academia de la Historia, Madrid, 2009, vol. 25, pp. 23-24. La bibliografía del autor podría completarse consultando las memorias académicas de la Facultad de Teología de Burgos, publicadas en la revista *Burgense*.

la carrera de Filología Clásica en la Universidad Pontificia⁴¹. En los comienzos de su ministerio, compaginó el estudio con su labor como formador y profesor en el Seminario Menor de Burgos y la capellanía de las religiosas concepcionistas de la Enseñanza, comunidad religiosa a la que atendió muchos años a lo largo de su vida en diversos períodos, así como a las MM. Trinitarias. Finalmente, alcanzó el grado de doctor en 1961 realizando un brillante estudio filológico sobre los términos griegos *episcopos* y *presbyteros*⁴².

En 1964 asume la secretaría de estudios del Seminario Mayor de Burgos, al tiempo que imparte la asignatura de griego bíblico⁴³. Pese a que la materia podría considerarse «menor» dentro del plan de estudios, Manuel Guerra será uno de los cuatro primeros catedráticos que formarán el claustro docente cuando el centro académico sea erigido en Facultad de Teología en 1967⁴⁴. Además, ejercerá como secretario general de la Facultad durante los nueve primeros años de su andadura; y como secretario de estudios hasta el año 1974. Asimismo, ocupará el cargo de presidente de la Facultad, común para las sedes de Burgos y Vitoria, en el trienio 1985-1988.

Por otra parte, su formación filológica fue la base necesaria y el punto de partida de las líneas de investigación desarrolladas a lo largo de su vida. En efecto, el dominio de las lenguas clásicas permitió al profesor Guerra acceder con mayor facilidad a la Sagrada Escritura y a las obras de los Santos Padres. Sus detallados estudios filológicos contribuyeron a comprender mejor el sentido de diferentes conceptos en la Iglesia primitiva. Principalmente, abordó cuestiones relaciona-

⁴¹ *La guerra de don Manuel*, Homo Legens, Madrid, 2018, p. 112. Este libro-entrevista entre el autor y el periodista Gabriel Ariza constituye una fuente muy valiosa para conocer la trayectoria vital, intelectual y sacerdotal de Manuel Guerra.

⁴² Publicada como *Episcopos y presbyteros*, Aldecoa, Burgos, 1962.

⁴³ Para facilitar su labor docente, elaboró un sencillo manual de 80 páginas: *El idioma del Nuevo Testamento: Diccionario estadístico y ambientación lingüística, cultural, teológica, etc. del griego bíblico*, Aldecoa, Burgos, 1969. En el prólogo de la cuarta edición, de 1995, el autor afirmaba: «como es tópico, de la edición actual puede afirmarse que ha sido “corregida y aumentada”, y ciertamente no sólo en cuanto a su etiqueta económica» (p. 5). En efecto, el manual ocupaba ya 418 páginas. Este detalle nos puede servir como testimonio del afán de don Manuel por mejorar y perfeccionar sus publicaciones, así como del agudo sentido del humor del que siempre hizo gala.

⁴⁴ Los otros tres fueron Nicolás López Martínez, Feliciano Gil de las Heras y Vicente Proaño Gil, tal como lo refiere el propio Nicolás LÓPEZ MARTÍNEZ en una crónica elaborada 25 años después: *Crónica abreviada (1967-1992)*, en *Facultad Teológica del Norte de España –Sede de Burgos–: Memoria. 1967-1992*, Aldecoa, Burgos, 1993, p. 23. El decreto *Memorandum virorum* por el que se erige la Facultad, en sus sedes de Burgos y Vitoria, se encuentra en *Acta Apostolicae Sedis*, 59 (1967), pp. 364-366. Manuel Guerra ocupó su cargo de catedrático hasta su jubilación, acaecida en el curso 2000-2001.

das con el sacramento del orden, el laicado y el celibato en los primeros siglos. En este sentido, su propia tesis doctoral en filología es un testimonio evidente. Más aún, apunta ya a lo que será otro de sus centros de interés, y objeto de sus aportaciones más notables: la teología del sacerdocio. A este respecto, cabe señalar que, en verano de 1968, Juan Esquerda Bifet y un grupo de profesores de la Facultad –entre los que se encontraba Manuel Guerra– dieron comienzo al Instituto de Teología del Sacerdocio «Juan de Ávila». La finalidad de este instituto era abordar la cuestión del sacerdocio desde el punto de vista bíblico, patrístico, litúrgico, histórico y sistemático. Para ello, organizaron dos encuentros al año –un simposio teológico internacional en marzo y unas jornadas de carácter más pastoral en verano–, cuyas intervenciones más relevantes quedarían recogidas en los sucesivos volúmenes de la colección «Teología del sacerdocio»⁴⁵. Nuestro autor intervino con una ponencia en más de quince ediciones, destacando por el valor teológico y la repercusión que alcanzó su estudio sobre el ministerio en los primeros siglos⁴⁶.

Estas investigaciones sobre los comienzos de la Iglesia le llevaron a introducirse en el mundo de las religiones paganas precristianas. La explicación más sencilla es que, para precisar el significado de los diferentes conceptos, necesitaba conocer con mayor exactitud los usos y acepciones que se daban a los términos en el contexto histórico y geográfico de la Iglesia naciente. De esta manera, llegará a ser una voz reconocida en lo que se refiere al gnosticismo en sus diferentes modalidades y a las religiones místico-telúricas. Sin embargo, este interés por la historia de las religiones tiene una raíz más filosófica que filológica, y profundamente relacionada con su tierra natal.

En primer lugar, conviene recordar que el Prof. Guerra había nacido y pasado largas temporadas en el entorno del complejo kárstico de Ojo Guareña. Movido por un espíritu aventurero, incluso temerario, había recorrido 215 de las casi 400 cuevas que componen el monumento natural, con unas galerías que ocupan más de 110 kilómetros. En sus incursiones –con casco y carburos, como un auténtico espeleólogo– contempló numerosas muestras de arte rupestre con evidente contenido religioso. Estas pinturas del hombre paleolítico le convencieron

⁴⁵ Desde 1968 se han llevado a cabo treinta y seis ediciones del simposio del sacerdocio, y han aparecido treinta y dos volúmenes con las ponencias. Han intervenido autores como J. Galot, J.M. Iraburu, J.A. de Aldama, J.L. González Novalín, R. Trevijano, J.R. Villar, S. del Cura, etc.

⁴⁶ *Ministerios de los directores locales y supralocales de las comunidades cristianas según el Nuevo Testamento y los Padres Apostólicos*, en Manuel GUERRA et al. (eds.), *El ministerio en los primeros siglos*, Aldecoa (Col. Teología del sacerdocio, 11), Burgos, 1979, pp. 7-86.

de que el ser humano es un ser religioso por naturaleza. Por otra parte, visitando con estudiantes de Teología las iglesias románicas de aquella comarca, había encontrado un patrón común: en numerosos capiteles y canecillos aparecían figuras propias de la mitología clásica, como sirenas, grifos, hidras, etc.⁴⁷. Más allá del interés artístico –un campo que también cultivó, mostrando especial predilección por el Románico– este descubrimiento le llevó a ampliar sus investigaciones hacia la historiografía de las religiones.

Dicha ampliación tuvo dos vertientes. La primera podría denominarse fenomenología de la religión, en cuanto descripción de las diferentes creencias y prácticas religiosas existentes en la historia de la humanidad. En este aspecto, el conocimiento del sánscrito le permitió aproximarse a las religiones orientales, leyendo en su idioma original los principales escritos del hinduismo, el budismo y el jainismo. Pero, previamente a esta perspectiva histórica, percibimos en nuestro autor un interés más relacionado con la antropología filosófica. Concretamente, este interés estaba dirigido, por un lado, a mostrar la comprensión cristiana del ser humano en diálogo con las propuestas de otras religiones y cosmovisiones; por otro, a argumentar racionalmente la religiosidad humana, anterior a cualquier noción de revelación e independiente de cualquier creencia. Estas dos líneas aparecen armonizadas en una de sus obras más apreciadas y difundidas, *Historia de las religiones*⁴⁸, así como en la asignatura que con el mismo nombre impartió durante casi veinticinco años tanto en Burgos como en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra.

Todo lo dicho hasta ahora –siendo necesariamente breve– justificaría el reconocimiento y el recuerdo agradecido al Prof. Guerra. Sin embargo, una invitación fortuita, abriría el camino a la gran especialidad y a la contribución más genuina de don Manuel: las sectas, y, en particular, la masonería. En efecto, según narró él mismo en numerosas ocasiones⁴⁹, a finales de 1987, estando en Roma, un amigo sacerdote le animó a estudiar la presencia de los principios gnósticos en muchas sectas y corrientes espirituales, incluso dentro de la Iglesia. Como suele ocurrir, las tareas que llevaba entre manos, y las dificultades de comenzar una senda nueva, le llevaron a rechazar la propuesta durante casi dos años. Finalmente, aceptó, y se convirtió en una referencia mundial en esta materia.

⁴⁷ El autor da cuenta de estos hallazgos, y pone de relieve su importancia, en *Simbología románica: El cristianismo y otras religiones en el arte románico*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1978.

⁴⁸ Biblioteca de Autores Cristianos (Col. Sapientia Fidei, 21), Madrid, 1999.

⁴⁹ En el libro-entrevista que mencionamos más arriba también está recogida esta anécdota: *La guerra...* [vid. n. 4], p. 147.

Podemos afirmar que esta *auctoritas* fue fruto de su método de trabajo. No se conformó con estudiar las publicaciones y escritos de las sectas; ni siquiera, con recoger los testimonios de antiguos miembros. Su principal objetivo fue mostrar lo que las sectas son en realidad, no lo que otros decían de ellas. Para lograrlo, realizó numerosos viajes con el fin de entrevistarse con miembros activos, tuvo acceso a los escritos y rituales internos, incluso solicitó que dirigentes de las propias sectas revisaran sus publicaciones para verificarlas. Todo ello dio como resultado una obra que constituye un hito en la materia, como es el *Diccionario enciclopédico de las sectas*⁵⁰, con más de 1600 voces; así como las numerosas publicaciones –científicas y divulgativas– que completan la bibliografía del Prof. Guerra⁵¹. Sin embargo, este afán por sacar a la luz la verdad de las sectas también conllevó amenazas y denuncias, que el autor siempre afrontó con serenidad y discreción.

Sirvan estas breves líneas como recuerdo y testimonio de la valía de un investigador nato, riguroso y profundo en sus estudios; pero, sobre todo, de un sacerdote que vivió su labor académica como un ejercicio de su ministerio sacerdotal: todas sus publicaciones muestran un gran sentido pastoral, atento siempre –como buen pastor– a identificar los peligros que acechan al rebaño, y deseoso de llevarlo a los frescos pastos de la Verdad. Su admirado Manuel García Morente afirmaba que «el intelectual auténtico no puede servir más que a la verdad. La libertad es su servidumbre [...]. Tiene que pensar y decir la Verdad, gústese o no, convéngale o no, satisfágale o no a los suyos»⁵². Estamos convencidos de que el Prof. Guerra vivió con coherencia estas palabras de un autor al que siempre se sintió muy vinculado, y no solo por el nombre.

Raúl PEREDA SANCHO

Facultad de Teología del Norte de España (Sede de Burgos)

⁵⁰ Biblioteca de Autores Cristianos (Col. Maior, 59), Madrid, 1998. Hay una tercera edición, revisada y aumentada, de 2001.

⁵¹ El Prof. Guerra también fue cofundador, en 2005, y presidente de la Red Iberoamericana del Estudio de las Sectas (RIES).

⁵² Manuel GARCÍA MORENTE, *Meditación en la Feria del Libro*, en *El Sol*, 31 de mayo de 1936, citado por nuestro autor en *San Manuel García Morente*, en *Burgense*, 56 (2015), p. 152.